

## VIDA Y MUERTE DEL PROYECTO CAMELOT

IRVING LOUIS HOROWITZ\*\*

EN junio de este año —mientras se desarrollaba la crisis en torno a la República Dominicana— el embajador de los Estados Unidos en Chile envió un cablegrama urgente e iracundo al Departamento de Estado. El embajador Ralph Dungan, hacía frente a una creciente ola de antinorteamericanismo en los periódicos y entre los intelectuales de Chile. Además, miembros izquierdistas del Senado chileno acusaban a los Estados Unidos de espionaje.

Las manifestaciones antinorteamericanas que inquietaban a Dungan no guardaban relación directa con el envío de fuerzas militares norteamericanas a Santo Domingo. El objetivo de sus ataques era un programa de investigaciones científicas norteamericano, enigmático y nebuloso, llamado Proyecto Camelot.

Dungan quería que el Departamento de Estado le informara qué era eso del Proyecto Camelot. Aún más. Sin importarle lo que el Proyecto Camelot fuera, Dungan deseaba que inmediatamente se le pusiera coto, ya que se estaba convirtiendo, rápidamente, en una *cause célèbre* en Chile (como pronto sucedería en todas las capitales de la América Latina y en Washington). Nada se le había dicho a Dungan sobre el Proyecto Camelot, a pesar de que era patrocinado por el Ejército de los Estados Unidos e involucraba los espinosos temas de la contrarrevolución y la contrainsurgencia en la América Latina.

En pocas semanas el Proyecto Camelot repercutió desde la Colina del Capitolio hasta la Casa Blanca. El senador J. William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Extranjeras, hizo constar su preocupación personal ante proyectos como el de Camelot a causa de su "política reaccionaria, retrógrada, opuesta al cambio". "Implícito en el Proyecto Camelot —continuaba diciendo el senador Fulbright—

---

\* Publicado originalmente en inglés en la revista *Trans-action*, Vol. 3, Núm. 1. Nov-Dic. 1965. Traducción de José Emilio González.

\* Profesor de Sociología en Washington University y uno de los editores de *Trans-action*. Autor de *The War Game; Revolution in Brazil* y *The New Sociology*.

como en el concepto de "contrainsurgencia" se halla el supuesto de que los movimientos revolucionarios son peligrosos para los intereses de los Estados Unidos y de que este país debe estar preparado para dar su respaldo, sino para participar activamente, a las medidas tendientes a reprimirlos".

Hacia mediados de junio, el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa —que creó y fundó el Proyecto Camelot— se hallaba en franca disputa sobre el proyecto y sobre la jurisdicción de cada departamento sobre ciertas operaciones en la política extranjera.

La oficina del Secretario de Defensa, Robert McNamara, puso fin al Proyecto Camelot el ocho de julio. Esa oficina ejerce la facultad del veto con respecto al presupuesto militar. Este paso fue dado bajo la dirección del Presidente.

Ese mismo día, el director de la entidad progenitora del Proyecto Camelot, la Organización de Investigaciones Científicas para Operaciones Especiales ("Special Operations Research Organization", cuyas siglas en inglés son SORO), dijo a una comisión del Congreso que el nombre del proyecto provenía del reino mítico del Rey Arturo (en las leyendas del cielo arturiano), porque: "Connota la situación correcta, el desarrollo de una sociedad estable con paz y justicia para todos". No importa cuál fuera el desenlace del Proyecto, no debiera existir duda alguna sobre la honda sinceridad de este llamado para aplicar las ciencias sociales a la política corriente.

A pesar de ello, el Proyecto Camelot dejó una estela de problemas: una franca disputa entre el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa; materia para ataques contra los Estados Unidos en la América Latina, y, una reducción en los fondos asignados a investigaciones científicas en el ejército norteamericano. Además, la acalorada reacción de la rama ejecutiva del gobierno ha planteado cuestiones graves y tal vez ominosas, que se acercan a la censura, para las investigaciones de las ciencias sociales.

### *Contrainsurgencia mundial*

¿Qué era el Proyecto Camelot? Fundamentalmente, un proyecto para medir y pronosticar las causas de las revoluciones y la insurgencia en las regiones atrasadas del mundo. También se proponía buscar los medios para eliminar las causas o para bregar con revoluciones y actos de rebeldía. El Ejército de los Estados Unidos patrocinaba el Proyecto por medio de un contrato que envolvía de cuatro a seis millones de dólares, distribuido por un período de tres a cuatro años. El contrato

era con la Organización de Investigaciones Científicas para Operaciones Especiales (OIES). La OIES se halla formalmente bajo la dirección de la American University de Washington, DF, y realiza diversas investigaciones para el Ejército. Entre éstas figuran encuestas analíticas de regiones extranjeras, información de última hora sobre los asuntos militares, políticos y sociales de esas áreas, un archivo de "respuesta rápida" para la obtención inmediata de datos, cuando el Ejército así lo solicite, sobre cualquier situación militar importante.

La primera región escogida fue la América Latina, para ser estudiada intensamente, aunque en la lista figuraban algunos países de Asia, Africa y Europa.

En un documento emitido el cinco de diciembre de 1964, por petición de la Oficina del Jefe de Investigaciones Científicas y Desarrollo, Departamento del Ejército, se recomendaba que se hicieran "estudios comparativos históricos" en los siguientes países:

(América Latina) Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, México, Paraguay, Perú y Venezuela.

(Mediano Oriente) Egipto, Irán, Turquía.

(Lejano Oriente) Corea, Indonesia, Malasia, Tailandia.

(Otros) Francia, Grecia, Nigeria.

Se recomendaba, además, que se hicieran "encuestas generales y otros estudios" en Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Venezuela, Irán y Tailandia. También se estudiaba la posibilidad de escudriñar el movimiento separatista en el Canadá francés. El nombre de clave sería: Proyecto Revuelta.

A fines de 1964 se cursó una carta a ciertos estudiosos seleccionados en todo el mundo, con el objeto de atraerlos al Proyecto, en la cual eran definidos los propósitos del mismo; un estudio "para hacer posible la predicción y para influir en los aspectos políticamente significativos del cambio social en las naciones emergentes del mundo". Incluiría la planificación de métodos para "calcular los factores potenciales de guerra interior en las sociedades nacionales" y "la identificación, cada vez más confiable, de aquellas medidas que un gobierno puede adoptar para aliviar aquellas condiciones consideradas fuentes potenciales de guerra interna". La carta decía, además:

El Ejército de los Estados Unidos tiene una misión importante que cumplir con relación a los aspectos positivos y constructivos de la tarea de forjar una nación en los países menos desarrollados, así como la responsabilidad de ayudar a los gobiernos amigos al bregar éstos con problemas de rebeldía activa.

Tales actividades del Ejército eran calificadas de "medidas profiláticas" contra la insurgencia. Se prefería ese término "al marbete de contra-insurgencia, algunas veces desorientador".

El Proyecto Camelot fue concebido a fines de 1963 por un grupo de oficiales de alto rango vinculados con la Oficina de Investigaciones Científicas del Ejército en el Departamento de Defensa. Estos oficiales estaban preocupados con los nuevos tipos de guerra que estaban surgiendo en el mundo. Las revoluciones en Cuba y en Yemén y los movimientos insurreccionarios del Vietnam y del Congo no se parecían en nada a las batallas de la Segunda Guerra Mundial. También eran muy diferentes de la apocalipsis de la guerra nuclear que se esperaba y para la cual se habían formulado planes. Por primera vez en la historia de la guerra moderna, los establecimientos militares no podían emplear los inmensos arsenales a su disposición. En cambio, se veían compelidos, por efecto de un *impasse* geopolítico, a comprometerse cada vez más en formas primitivas de combate armado. En tales momentos, el Ejército se preguntaba: ¿por qué no se puede usar todo ese equipo bélico? Y también: ¿qué alternativas ofrecen los recursos de las ciencias sociales?

Rex Hopper, conocido experto en la América Latina, fue escogido como director del Proyecto Camelot. Hopper, era profesor de sociología y jefe del departamento de esa disciplina en Brooklyn College. Había visitado muchas veces la América Latina, en un período de treinta años, participando en proyectos de investigaciones científicas y en giras de conferencias, algunas bajo el patrocinio del gobierno. Sus colegas en Washington y en otras partes lo recomendaron calurosamente. Hopper había estado interesado por mucho tiempo en los problemas de la revolución y posiblemente vio en este contrato de muchos millones la realización de un anhelo científico, largamente acariciado.

### *La debacle en Chile*

¿Por qué entonces este proyecto de investigaciones de ciencias sociales creó tal escándalo en la política extranjera? O, visto de otro modo, ¿cómo es posible que intenciones tan elevadas generen final tan desastroso?

Para dar respuesta a estas preguntas hay que considerar una multiplicidad de factores: una red que se extiende desde un profesor de antropología en la Universidad de Pittsburgh hasta un profesor de sociología en la Universidad de Oslo, y, todavía, un profesor de so-

ciología en la Universidad de Chile, en Santiago. La "batalla decisiva" ocurrió en Chile, primero dentro de la universidad, luego en el hemisiciclo del Senado, después en los periódicos de Santiago y, últimamente, detrás de los muros de la embajada de los Estados Unidos.

No deja de haber cierta ironía en el hecho de que Chile fuera el escenario de historias descabelladas sobre espionaje y de insultos contra los científicos que supuestamente iban a trabajar en "misiones de espionaje", pues en los planes del Proyecto Camelot se estipulaba que para realizar un estudio el país debiera "prometer ricos resultados en términos de la clase de datos que se desea". Ahora bien, Chile no satisfacía tal exigencia. No figura en la lista preliminar de naciones que ofrecen los mejores prospectos.

Entonces, ¿cómo fue que Chile se vio involucrado en el Proyecto Camelot? Para dar una respuesta es preciso considerar la posición de Hugo G. Nutini, profesor de antropología en Pittsburgh, ciudadano de los Estados Unidos y antiguo ciudadano de Chile. La presencia de Nutini en Santiago, indentificándose como representante del Proyecto, fue lo que desató los acontecimientos.

Nutini, quien había hecho averiguaciones sobre la posibilidad de un nombramiento cuando el Proyecto Camelot comenzaba, nunca recibió tal nombramiento. En cambio, aprovechando el hecho de que Nutini se aprestaba a ir a Chile en abril de este año, atendiendo a otros asuntos académicos, se le pidió que preparara un informe sobre la posibilidad de que algunos eruditos chilenos cooperaran. En general, era el tipo de encuesta que rinde modestos resultados y modesta era la compensación. A Nutini se le ofrecieron 750 dólares. Sin embargo, Nutini tenía una idea muy diferente de su papel. A pesar de que Rex Hopper impuso limitaciones y advertencias cautelosas al viaje de Nutini, insistiendo sobre todo en su carácter informal, Nutini logró dar la impresión de que él era un funcionario del Proyecto Camelot con autoridad para hacer proposiciones a candidatos potenciales en Chile. He aquí, para él, una oportunidad, de vincular el país de su nacimiento con el país de su elección.

Más o menos para esos días, Johan Galtung, sociólogo noruego, famoso por sus investigaciones sobre conflictos en regiones subdesarrolladas, especialmente en América Latina, entró en escena. Galtung, que estaba entonces en Chile y que trabajaba con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACS), recibió una invitación para participar en una reunión de planificación del Proyecto Camelot a celebrarse en Washington en agosto de 1965. A los científicos sociales que asistieran se les pagarían 2,000 dólares por cuatro semanas. Galtung rehusó la invitación. Para ello dio varias razones. El no podía

aceptar el papel del Ejército de los Estados Unidos como patrocinador de un estudio de contrainsurgencia. Tampoco podía aceptar la idea de que el Ejército es un organismo para el fomento nacional. Concebía al Ejército como entidad que se ocupa del conflicto y que aún lo genera. Finalmente, no podía aceptar la asimetría del proyecto. No le era fácil comprender por qué debía haber estudios de contrainsurgencia en la América Latina sin estudios correlativos de "contraintervención" (condiciones en las cuales los países latinoamericanos podrían intervenir en los asuntos de los Estados Unidos). Galtung también estaba muy preocupado con las posibilidades de que los sabios europeos fueran desplazados de sus estudios en la América Latina por un torrente de sociólogos de Estados Unidos. Por último, Galtung expresó temores de que la escala de remuneraciones del Proyecto Camelot destruiría completamente el mercado de trabajo de las ciencias sociales en la América Latina.

Galtung había hablado a otros en Oslo, Santiago y en la América Latina sobre el Proyecto y había enseñado el memorándum de diciembre de 1964 a muchos de sus colegas.

Poco después que Nutini llegó a Santiago sostuvo una entrevista con el vicescanciller Alvaro Bunster de la Universidad de Chile para discutir la naturaleza del Proyecto Camelot. A la segunda reunión, organizada por el vicescanciller, asistió también el profesor Eduardo Fuenzalida, un sociólogo. Después de Nutini exponer durante media hora, Fuenzalida le preguntó a boca de jarro que especificara los objetivos últimos del proyecto, sus patrocinadores y sus implicaciones militares. Antes de que Nutini pudiera replicar, el profesor Fuenzalida, en gesto dramático, sacó una copia de la carta circular del cuatro de diciembre y leyó una traducción al español. Simultáneamente, las autoridades de FLACS pasaron el asunto a miembros del Senado de Chile y a la prensa izquierdista.

En Washington, bajo las presiones políticas de funcionarios del Departamento de Estado y de la reacción en el Congreso, el Proyecto Camelot fue detenido en mitad del río, o, tal vez, más precisamente, antes de que en realidad comenzara a funcionar. Cuando la comunicación del embajador Dungan llegó a Washington, ya había considerable ebullición oficial en torno al Proyecto Camelot. Los senadores Fulbright, Morse y McCarthy pidieron pronto que se celebraran audiencias ante la Comisión de Relaciones Extranjeras del Senado. Esto no se llegó a cumplir en virtud de un acuerdo entre el Secretario de Defensa McNamara y el Secretario de Estado Rusk para arreglar sus discrepancias sobre los proyectos futuros de ultramar. Pero la Comisión de Asuntos Extranjeros de la Cámara de Representantes celebró una

audiencia el ocho de julio. El director de OIES, Theodore Vallance, fue interrogado por los miembros de la comisión en cuanto al valor del Proyecto y sobre la interferencia militar en áreas de política extranjera.

Aquella misma mañana, aun antes de que Vallance prestara juramento como testigo —y sin él saberlo— el Departamento de Defensa expidió un sobrio comunicado anunciando la muerte del Proyecto Camelot. El Presidente Johnson había transado la cuestión en favor del Departamento de Estado. En un memorándum al Secretario Rusk, fechado el cinco de agosto, el Presidente estipulaba que “no debiera emprenderse investigación científica alguna de regiones extranjeras, bajo el patrocinio del gobierno, si el Secretario de Estado juzgaba que tal investigación pudiera perjudicar las relaciones extranjeras de los Estados Unidos”.

El Departamento de Estado recientemente creó los organismos para enjuiciar y seleccionar todos los proyectos de investigación, sufragados con fondos federales, en ultramar. La política y las consecuencias que para las investigaciones científicas tienen la directriz del Presidente serán discutidas más tarde.

¿Qué efecto surtirá la supresión del Proyecto Camelot sobre la rivalidad continua entre el Departamento de Estado y el Departamento de Defensa por la supremacía en la política extranjera? ¿Cómo se afectará el patrocinio por el gobierno de investigaciones de ciencias sociales en el futuro? ¿Era el Proyecto Camelot un escudo protector académico para los planes del Ejército de los Estados Unidos o se trataba de un proyecto legítimo de investigación sobre un tema legítimamente estudiable no importa quién lo patrocinara?

Comencemos trazando un autorretrato del Proyecto Camelot tal como lo percibían los científicos sociales que lo dirigían. Parece haber acuerdo general sobre los siguientes siete puntos:

1. Los hombres que trabajaron para el Proyecto Camelot sentían la necesidad de un proyecto en gran escala, tipo “gran cuadro”, en las ciencias sociales. Deseaban crear una sociología de valor para el mundo contemporáneo, que no sufriera de la estrechez de visión a que habían sido condenados por su propia formación sociológica y profesional. La mayor parte de esos hombres veían en el Proyecto una oportunidad *bona fide* de hacer investigaciones fundamentales con fondos prácticamente ilimitados a su disposición. (Ningún proyecto de ciencia social contó antes con seis millones de dólares). En estas circunstancias óptimas, los estudiosos no se sentían inclinados a mirarle el colmillo al caballo regalado. Como lo dijera uno de ellos, no había el deseo de

averiguar demasiado sobre la fuente de los fondos o el propósito final del proyecto.

2. La mayor parte de los científicos sociales en el Proyecto estimaban que existía allí más libertad para hacer investigaciones fundamentales, bajo los auspicios del Ejército, que en una universidad. Uno de ellos observó que en los años del cincuenta había más libertad para hacer investigaciones fundamentales en la Corporación RAND (organización de investigaciones de la Fuerza Aérea) que en cualquier universidad norteamericana. En verdad, una vez que se adoptaba el manto protector de RAND, se volvía concebible una sociedad de platónicos o "conocedores" a quienes se les permitía bucear la verdad en nombre de los poderosos. Al definir neoplatónicamente su situación, los hombres del Proyecto Camelot expresaban la esperanza de que sus ideas serían tomadas muy en serio por los poderosos (aunque, a la inversa, estaban convencidos de que las fuerzas armadas no aceptarían sus recomendaciones preliminares).

3. Muchos de los hombres del Proyecto no se sentían muy cómodos con el patrocinio militar, especialmente a la luz de la postura militar actual de los Estados Unidos. Pero razonaban que "el Ejército necesita ser educado". Este punto de vista a veces adquiría matices freudianos: había que sublimar la inclinación del Ejército hacia la violencia. Bajo este motivo se encontraba la idea de que las fuerzas armadas son un agente en potencia del bien social: la disciplina y el orden encarnados por el ejército podrían ser encauzados en el proceso de desarrollo económico y social en los Estados Unidos y en la América Latina.

4. Existió la profunda convicción de que la humanidad puede perfeccionarse, especialmente fe en que las estructuras militares podrían desempeñar un papel cada vez más importante en el proceso general de crecimiento. Estos hombres trataban de corregir el paternalismo intelectual y el espíritu cerril de los generales del Pentágono, de los diplomáticos del Departamento de Estado y de los planificadores del Departamento de Defensa.

5. Por lo menos para algunos de los hombres que tomaban decisiones en el Proyecto Camelot uno de los propósitos principales del mismo era impedir otro holocausto revolucionario en gran escala, como el ocurrido en Cuba. En un nivel mínimo, se compartía la creencia de que la *Pax Americana* estaba gravemente amenazada y era posible fortalecerla para el futuro.

6. Ninguno de esos hombres se concebía como espía del gobierno de los Estados Unidos o de nadie.



7. También creían haber hecho costosos sacrificios por las ciencias sociales. Sus riesgos personales y profesionales eran mucho mayores que los corridos por los sociólogos académicos de las universidades. El trabajo con el gobierno, aunque bien remunerado, ocupa una posición marginal dentro de la profesión. Puede terminar abruptamente (como sucedió) y los directores de proyectos pueden ser criticados públicamente, cosa que no suele suceder en las universidades.

Esencialmente, existía entre los dirigentes del Proyecto Camelot un anhelo mayor de "no venderse" que el que existe entre los sociólogos con nombramientos regulares de universidad. Esta preocupación con la ética de las ciencias sociales parece haberse debido al enfrentamiento cotidiano con los problemas de traición, secreto, abuso de datos, en una situación crítica. Por contraste, aun cuando una cátedra universitaria pueda ser creada con fondos del gobierno federal, su vínculo con cuestiones de política a menudo es tan remoto que no genera una *crise de conscience*.

### *El informe de los que estaban dentro*

¿Hubo entre los hombres que participaron en el Proyecto Camelot críticas a algunos aspectos del mismo?

Algunos abrigaron dudas desde el principio sobre la índole del trabajo que iban a realizar y sobre las circunstancias del mismo. Por ejemplo, alguien señaló que el Ejército norteamericano propende a ejercer un control mucho más estricto sobre los resultados de las investigaciones que la Fuerza Aérea. En apoyo de esta contención, se dijo que la OIES en general ofrecía menos aspectos flexibles y libres en sus planes de investigación que RAND (la organización respaldada por la Fuerza Aérea). Uno de los críticos dentro de la OIES llegó a decir que él no recordaba ninguna investigación de ésta que tuviera una cualidad libre o "de juego", como pasa en RAND (donde, por ejemplo, se usan computadores tanto para planear una invasión como para jugar al ajedrez). Un miembro de la OIES dijo que "la seriedad tan autoconsciente termina por afectar a uno". Otro: "Eran cosas sombrías".

Otra crítica que se formuló fue en el sentido de que las presiones sobre los "reformadores" (como se calificaban los hombres del Proyecto Camelot) para que produjeran ideas eran mucho más fuertes que las presiones sobre los militares para que pusieran en vigor los cambios recomendados en la política. Se esperaba de los científicos sociales que fueran reformadores sociales mientras que se esperaba de los ayudan-

tes militares que fueran conservadores. Se estimaba también que la relación entre los patrocinadores y los investigadores no estaba sobre un pie de igualdad sino que los científicos estaban subordinados a los militares. Por otra parte, algunos funcionarios quedaron impresionados por el desinterés de los militares y creían que, en vez de ejercer una influencia excesiva, los militares se mostraban renuentes a ofrecer opiniones.

Otro reparo fue el de que si uno va a trabajar en asuntos que envuelven tomar decisiones sobre política —en otras palabras, si la investigación va a extenderse internacionalmente— lo mejor sería que esa labor se realizara bajo el patrocinio regular del Departamento de Estado. “Después de todo” —dijo uno— “ellos se hallan formalmente comprometidos con normas políticas civiles”. En pocas palabras, había considerable renuencia a creer que el Departamento de Estado, no obstante su organización superior, sus mayores recursos financieros y su influencia en el ejecutivo, pudiera superar los *modus operandi* del Departamento de Estado o aceptar recomendaciones que discreparan de la política del Pentágono.

Parece que hubo muy pocas expresiones de falta de respeto al valor intrínseco del trabajo en el Proyecto Camelot, si es que hubo algunas o de menosprecio por el trabajo orientado hacia una política. Los estudiosos del Proyecto utilizaban dos vocabularios distintos. Los documentos revelan un vocabulario militar con una serie de justificaciones militares, con frecuencia seguido (en el mismo documento) por un vocabulario de las ciencias sociales con justificaciones sociológicas. En la literatura del Proyecto Camelot se observa desde el principio un dilema: la amalgama de los vocabularios militar y sociológico. Esto es discernible desde el informe preliminar, emitido en agosto de 1964 hasta el documento emitido en abril de 1965. (En los comienzos el proyecto tenía como nombre de clave PUNTA DE LANZA).

### *Conflictos de política en torno al Proyecto Camelot*

Los directores de la OIES están preocupados de que la cancelación del Proyecto pudiera significar el fin de la OIES, así como una reducción general en los fondos para investigaciones. Mientras que el Proyecto Camelot podía contar cada año con más de un millón de dólares, el presupuesto de la OIES, su organización madre, es mucho menos. Aunque no se ha tomado decisión de este tipo, el futuro de la OIES se halla bajo escrutinio. Por ejemplo, la Comisión de Asignaciones del Senado y la Cámara frustraron una maniobra del Ejército para pasar a la OIES los fondos que el Proyecto Camelot no había usado.

Sin embargo, la terminación del Proyecto no implica por necesidad el fin de la OIES ni la liquidación de planes de investigación semejantes al Proyecto. En verdad, la terminación del contrato ni siquiera implica que los modos de pensar de los que originalmente patrocinaron el Proyecto o de sus figuras claves hayan sufrido cambio radical alguno.

Una de las características del Proyecto Camelot fue el número de fuerzas antagónicas que desató en lo que concierne a cuestiones de estrategia y sincronización antes que en torno a cuestiones de principios científicos.

El Departamento de Estado fundamentó su oposición al Proyecto en la autoridad suprema que posee en el campo de los asuntos extranjeros. No ha conocido la luz pública informe alguno que revele críticas importantes a la investigación proyectada en sí misma.

La oposición del Congreso parece engendrada por la inquietud de no desequilibrar las alianzas extranjeras, especialmente en la América Latina. Una vez más, tampoco hubo objeciones a los principios científicos o intelectuales.

Un tercer grupo compuesto por los escépticos, los científicos sociales académicos, en general, estimaban que el Proyecto Camelot y los estudios sobre la revolución y la guerra debieran quedar en manos de las universidades, librándose de este modo de la intervención militar directa.

El Ejército, creador del proyecto, nada hizo para contradecir la orden de McNamara suprimiéndolo. Los militares influyentes no sólo creen que deben ejecutar las órdenes del Departamento de Defensa, sino que suelen tener muchas dudas sobre este tipo de investigaciones para apoyar operaciones con equipo bélico.

Vamos a observar más de cerca cada uno de estos grupos opuestos al Proyecto Camelot. Hay una serie de cuestiones de las cuales sería más exacto decir que merodean en torno al Proyecto antes que dependen de este. La disputa entre los Departamentos de Estado y de Defensa sobre "jurisdicción" parece ser la más importante.

*Estado vs. Defensa.* El debate entre estos dos departamentos se parece a la disputa entre los electricistas y los albañiles en la construcción de un edificio. ¿Qué gremio se va a hacer cargo de cuáles tareas? O en forma menos generosa: ¿quién controla qué? En el nivel político, el proyecto Camelot era una herramienta manipulada en medio de una gran lucha de poder que comenzó a fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Departamento de Defensa surgió como un fuerte competidor para llevarse los laureles de ser la entidad más poderosa en la rama administrativa del gobierno.

Las discordias entre Defensa y Estado son, en algún sentido, resultantes de la aparición de conflictos ambiguos como el de Corea y el de Vietnam, en contraste con las guerras mundiales "clásicas", más precisas y más controladas diplomáticamente. ¿Cuáles son las fronteras entre táctica y estrategia políticas y postura militar? ¿Quién es el representante más importante de los Estados Unidos en el extranjero: el embajador o el attaché militar a cargo de la misión militar? Cuando soldados de un país extranjero llegan a los Estados Unidos para recibir orientación política, ¿quién debe ofrecerles dicha orientación, el Departamento de Defensa o el Departamento de Estado? Cuando se desarrollan actividades clandestinas, ¿a quién pertenece la dirección de dichas actividades, a los militares o a los políticos? Cada una de estas es una cuestión estratégica para la cual no existen precedentes pragmáticos o históricos, o existen muy pocos. Cada una de ellas se halla involucrada en la explosión del Proyecto Camelot.

Debiera estar patente, por lo tanto, que el Departamento de Estado no estaba reaccionando a las recomendaciones de los izquierdistas chilenos cuando puso fin al proyecto. Sencillamente utilizó la hostilidad chilena a los proyectos "intervencionistas" como oportunidad para volver a definir la balanza de fuerzas y poder con el Departamento de Defensa. De tal resistencia a los proyectos se desprende la tesis de que los cauces políticos regulares son suficientes para rendir la información deseada, cuando se la considere necesaria, pero no tanto la idea de defender la soberanía de las naciones donde se hallan acantonados los embajadores.

*El Congreso.* En lo principal, la reacción del Congreso parece haber sido que el Proyecto Camelot era malo porque alborotaba las aguas diplomáticas en una región sensitiva. Detrás de las críticas del Congreso se yergue el hecho de que la mayor parte de los diputados y senadores sienten más simpatías por la idea de que el Departamento de Estado controle los asuntos extranjeros que por la de que sea el Departamento de Defensa quien los controle. Con otras palabras, a pesar de los viajes a distintas partes del mundo, patrocinados por los militares, a las presiones de la Guardia Nacional y de la Guardia del Estado en los estados respectivos de cada senador o representante, prevalece el sentir de que el control debe estar en manos políticas más bien que militares. Además, en el Congreso van aumentándose las sospechas ante ciertas investigaciones de las ciencias del comportamiento, sospechas que dimanán de las audiencias para estudiar cuestiones como la intervención ilegal de los hilos telefónicos, el empleo de detectores de mentiras y las técnicas para engañar al público consumidor que compra artículos empaquetados (*truth-in-packaging*).

*Los científicos sociales.* El hecho de que fue el Departamento de Defensa quien patrocinó el Proyecto Camelot es una de las razones por qué la reacción entre los estudiosos latinoamericanos fue tan violenta. La verdad es que los latinoamericanos se han acostumbrado a la intervención del Departamento de Estado en los asuntos internos de sus países. El Departamento de Defensa era un arribista, por lo demás peligroso, en la órbita latinoamericana. Sus actividades evocan ideas de guerra internacional, espionaje, manipulaciones militares, etc. Por su parte, con frecuencia, se consulta al Departamento de Estado con respecto a cambios en el gobierno. Ese departamento ha desempeñado un rol muy importante en la frustración o el fomento de golpes de Estado. Este papel del Departamento de Estado ya ha sido aceptado y hasta se le da por sentado. Esto no sucede con el Departamento de Defensa. Pero sería interesante pensar en cómo el Proyecto Camelot habría sido aceptado, como cosa corriente, de contar con el patrocinio del Departamento de Estado.

Los científicos sociales en los Estados Unidos, en su mayoría, han permanecido silenciosos frente al Proyecto. No es difícil encontrar las razones para ello. En primer lugar, muchos "gigantes del campo" realizan tareas diversas con contratos gubernamentales. Y muy pocas almas están en situación de desafiar a los dioses. En segundo lugar, la mayor parte de la información sobre el Proyecto Camelot es del tipo de la que aparece en los periódicos. Los profesionales no suelen criticar a sus colegas a partir de tal clase de información. En tercer lugar, no hay duda de que muchos científicos sociales nada ven de erróneo o inmoral en los planes del Proyecto. Por lo tanto, tenderían a sentirse confundidos o iracundos ante la reacción latinoamericana pero no ante los directores del Proyecto Camelot. (Cuando estalló el escándalo, la gente del Proyecto solía hablar del "lío chileno" antes que del "lío del Proyecto").

Los directores del Proyecto Camelot no "clasificaron" los materiales de investigación, de modo que no existió el estigma del secreto. Además, trataron de obtener los servicios de gentes bien conocidas y respetadas por su independencia intelectual. En algunos casos lograron que abandonaran sus cargos académicos. La dificultad estribó en que aun cuando el estigma del secreto desapareció formalmente, continuó en las actitudes de muchos de los empleados o empleados potenciales del Proyecto. Por desgracia, estos pensaban en términos de secreto, de autorizaciones para revelar cosas, de misiones y del resto de las insensateces profesionales que afligen tan poderosamente el ambiente científico y el político de Washington.

Además, todo indica que el Proyecto Camelot tropezó con más dificultades para conseguir profesionales de gran competencia, que pudieran dedicarle todo su tiempo, que para obtener auxiliares para trabajar durante ciertas horas, en el verano, el fin de semana, etc. Muy pocas de las figuras, ya consagradas en la vida académica, estaban dispuestas a renunciar a las ventajas de su posición por los riesgos del proyecto.

Uno de los aspectos más nebulosos del Proyecto fue el papel de la American University. En lo que concierne a la supervisión actual del contrato parece que comenzó y terminó con el 25 por ciento que para gastos generales (relacionados con partes del contrato) que el gobierno federal concede en la mayor parte de las ocasiones a las universidades. De ahí que, aun cuando no pueda impugnarse la sinceridad de la "inquietud y la decepción" manifestadas por Hurst R. Anderson, presidente de la American University, ante la muerte del Proyecto Camelot, sus razones no parecen ir más allá de lo formal y de lo financiero. Ningún funcionario de la American University parece estar dispuesto a hacer declaraciones sobre responsabilidad, apoyo, disgusto, oposición o cosa alguna relacionada con el proyecto. Las cuestiones son en verdad de gran trascendencia y deben ser encaradas por todas las universidades en que se realizan investigaciones bajo el patrocinio del gobierno. Estas cuestiones son: la cantidad de control que una universidad ejerce sobre trabajo hecho mediante contrato, el papel de los funcionarios de la universidad en la distribución de fondos concedidos por el gobierno federal, y, las relaciones que se deben establecer una vez que los recursos han sido concedidos. También hay un problema importante en lo que respecta a los directores de proyectos: ¿son ellos miembros de la facultad, y si lo son, se les asignan tareas de enseñanza y se les brindan las oportunidades de permanecer como profesores al igual que otros miembros de la facultad?

La American University ofrece la dificultad de que parece muy distinta a las otras universidades en cuanto a la gama de oportunidades de actuar que ella ofrece. La OIES no recibió orientación ni respaldo alguno de parte de los funcionarios de esa universidad. Parece que desde el principio existió "un pacto de caballeros" para que la universidad no hiciera preguntas ni interfiriera en el Proyecto Camelot, sino que la American University servía de camuflaje. Si esa universidad fuera genuinamente autónoma podría haber sido capaz de prestar mucha ayuda al Proyecto Camelot durante los meses de la crisis. Pero lo cierto es que la American University se mantuvo en silencio, lo que la protegió más de las críticas del Congreso o de la rama

ejecutiva. Esto pone de relieve algunas fallas graves en sus políticas administrativas y económicas.

La relación entre el Proyecto y la OIES presentó también un cuadro similar de desorganización. Formalmente, el director del proyecto Camelot era autónomo y estaba a cargo de un organismo que rebasaba en tamaño e importancia toda la OIES. Y, sin embargo, en el momento crítico, el plan de organización sirvió para proteger a la OIES y sacrificar lo que formalmente era una de sus ramas. Pero la extirpación del Proyecto Camelot puede haber revelado que era un órgano vital, sobre todo cuando el Congreso impidió el traspaso de fondos del Proyecto a la OIES.

*Los militares.* La reacción militar a la muerte del Proyecto fue diversa. Es preciso tener en cuenta que los gastos del Proyecto Camelot son mínimos cuando se les compara con el presupuesto general del Ejército y la mayor parte de los dirigentes militares son escépticos en cuanto al valor de las investigaciones de ciencias sociales. De modo que no hubo protesta franca ante el fallecimiento del Proyecto. Aquellos oficiales cuya actitud es positiva frente a las ciencias sociales, o han recibido adiestramiento en ellas, se sintieron desalentados. Algunos esperaban que las ciencias sociales ofrecieran alternativas a los métodos usuales de operación del Ejército, tal como los aplica el Secretario de Defensa a cada crisis político-militar. Estos oficiales consideraron que el ataque al Proyecto ofrecía dos direcciones: eran un ataque a su papel como oficiales y lo era a sus criterios de exigencia profesionales. Pero el Ejército se hallaba tan claramente metido en un campo nuevo que apenas podría concebirse que pusiera en peligro toda la estructura de las investigaciones militares para conservar un solo proyecto. Esta, su misma incapacidad o impotencia para conservar el proyecto Camelot —situación que amenaza a otros contratos del gobierno con científicos sociales— impresionó evidentemente a muchos oficiales de las fuerzas armadas.

Algunos hombres del Proyecto (y varios ayudantes militares) alegan que los críticos del proyecto le hicieron el juego a aquellos militares predispuestos a impedir que se aceptara recomendación alguna de los científicos sociales. Entonces, ¿por qué los militares, desde el mismo principio, ofrecieron un respaldo tan enorme a un proyecto de investigaciones científicas sociales? Desde luego, seis millones de dólares es una suma trivial para el Ejército en una época en que los establecimientos militares consumen millones de millones de dólares. La cantidad es muy importante, sin embargo, para las ciencias sociales, donde son relativamente escasos los contratos. De ahí que hubiera dos perspectivas diferentes sobre la importancia del Proyecto: el punto de

vista del Ejército que consideraba al contrato como uno entre varias formas de inversión en "equipo secundario" (*software*); el punto de vista de los científicos sociales que lo consideraban como equivalente del Proyecto Manhattan.

### *¿Era Práctico el Proyecto Camelot?*

Mientras que la mayor parte de la oposición pública al Proyecto Camelot se concentró en problemas de estrategia y sincronización, gran parte de la oposición en privado enfocó cuestiones más básicas, aunque teóricas: ¿era realizable científicamente el Proyecto? ¿Era éticamente correcto? Ningún documento o declaración pública impugnó la posibilidad de que, de conseguir todos los datos, el Proyecto Camelot habría podido, sin duda alguna, establecer criterios fundamentales para medir el nivel y los factores potenciales de guerra interna en una nación. De este modo, al no poner en entredicho lo práctico de la labor, los críticos políticos del Proyecto rendían homenaje implícito a su eficacia.

Pero las cuestiones involucradas van más allá del plano político. Es palmario que algunos de los problemas más críticos ofrecidos por el Proyecto Camelot son de carácter científico. Aunque para poder realizar un análisis extenso del Proyecto, tendría el lector que estar familiarizado con todos los documentos, movido por un espíritu de equidad, es posible formular algunas críticas generales sin haberlo leído todo.

Desde el mismo principio el plan de investigaciones del Proyecto Camelot estaba plagado de ambigüedades. Nunca se decidió definitivamente si el propósito era el de estudiar las posibilidades de contra-insurgencia o del proceso revolucionario. En forma semejante, fue difícil determinar si iba a ser un estudio comparativo de estructuras sociales, un conjunto de estudios casuísticos "en profundidad" de naciones individuales o un estudio de la estructura social con énfasis particular sobre los aspectos militares. Además, no se ventilaba cuáles indicadores habrían de ser usados y si un sistema social en la nación A podría ser tan estable en la nación B.

En uno de los documentos del Proyecto hay una crítica general a las ciencias sociales por no encararse al conflicto y al control sociales. Aunque esto, en sí mismo, sea admirable, la tónica de los documentos del Proyecto Camelot hace evidente que la "sociedad estable" fija la pauta y es el desenlace deseado. Se habla en acusativo del "derrumbe del orden social". Se presume que en las regiones en desarrollo no existen organismos estabilizadores. No se formula crítica alguna a las



tácticas del ejército de los Estados Unidos porque se presume que éste es un organismo estabilizador. Los planes de estudio siempre dan por sentado que la misión del ejército es legítima: "si el ejército norteamericano ha de desempeñar con eficacia sus papeles en la misión de contra-insurgencia de los Estados Unidos debe reconocer que la insurgencia representa un derrumbe del orden social..." Sin embargo, una proposición como ésta nunca ha sido puesta en duda, ya sea por oficiales del ejército o por otras personas. La cuestión es si tales derrumbes derivan de la naturaleza misma del orden existente o si son un producto de conspiraciones.

El uso del lenguaje de la higiene sirve para disfrazar los supuestos antirevolucionarios bajo cortinas de humo. Por ejemplo, se recomienda una serie de estudios en el Paraguay "porque las tendencias que se advierten en esta situación (refiérese al régimen de Stroessner) pueden convertirla en "única" cuando se analice en términos de la transición de "la dictadura" a la estabilidad política". Pero hablar de cambios de la dictadura a la estabilidad es argucia evidente. En este caso, es una táctica para disfrazar el hecho de que Paraguay es una de las sociedades menos democráticas en el hemisferio occidental (y, como la mayoría de las dictaduras, estable).

He ahí un ejemplo típico de las premisas higiénicas que no cumplen propósito científico alguno. Sirve para ilustrar la confusión de compromisos en el Proyecto Camelot. En verdad, el mismo hecho de que no encontremos palabras cargadas de emoción como masas revolucionarias, comunismo, socialismo y capitalismo sirve tan sólo para hacer más intensa la sensación de incomodidad que uno experimenta al examinar los documentos, ya que el vocabulario abstracto enmascara, antes que resuelve, los problemas de la revolución internacional. El uso de lenguaje claramente político antes que militar no hubiera "justificado" el respaldo del gobierno. Además, dudosos supuestos del convencionalismo académico substituyeron a las orientaciones renovadoras. Al escoger un enfoque por sistemas y métodos, quedaron omitidos en gran parte los aspectos problemáticos y abiertos del estudio de las revoluciones y el plan se convirtió en algo que oprimía al estudio de los problemas.

Esto, a su vez, pone de relieve otra implicación crítica para este Proyecto (y para otros). La importancia del tema que se investiga no determina *per se* la importancia del proyecto. Naturalmente, es buena una sociología de gran alcance y pertinencia. Es muy importante que los eruditos estén dispuestos a arriesgar algo de sus reputaciones no muy firmes en un intento por ayudar a resolver los más graves problemas sociales del mundo. Pero no es menos urgente que en el pro-

ceso de encararse a estos problemas no se pierda ni se abandone el carácter autonómico de las ciencias sociales, sus propios criterios para determinar cuáles investigaciones valen la pena.

Parece que a los hombres que trabajaron en el Proyecto Camelot jamás se les ocurrió averiguar si una revolución era conveniente. Esta trayectoria de investigación es tan sólida como la que fue recalcada, *i.e.*, las circunstancias en las que los movimientos revolucionarios podrían derrocar un gobierno. Aún más, parece que nunca se les ocurrió investigar el papel de los Estados Unidos en esos países. Esto subraya la falta de simetría en el Proyecto. El problema debió haber sido formulado en forma tal que nos incluyera a "nosotros" tanto como a "ellos". Es imposible analizar verdaderamente una situación si uno no toma en cuenta el papel de las diversas personas y grupos involucradas en ella. En el plan del Proyecto nada había para ese tipo de análisis.

Al discutir el impacto político sobre el proyecto de investigaciones no debemos pasar por alto la diferencia entre trabajo "bajo contrato" y "donativos". El Proyecto Camelot comenzó con el Ejército de los Estados Unidos, es decir, fue iniciado con un propósito práctico por un cliente. Esto es muy diferente del trabajo que se realiza en una universidad en virtud de un "donativo" del gobierno federal, pues en este caso el patrocinador había determinado de antemano los fines. El erudito suele *buscar* un donativo. En este caso, el Ejército diligenciaba sus propios fines. La hostilidad al Proyecto Camelot puede deberse, en cierta medida, a un reflejo inconsciente de esta diferencia, el sentir oscuro que en ello había algo que no era de carácter académico y ciertamente interesado en el Proyecto, no importa las cualidades de los estudiosos participantes.

### *La ética de la investigación social de políticas*

Es perenne el problema de la oposición entre "derechos científicos" y "mitos sociales". Algunos sostienen que el científico no debiera rebasar ciertos límites legales o morales mientras que otros arguyen que tales límites no pueden existir para la ciencia. Este dilema general es reflejado por el Proyecto Camelot al hollar el terreno espinoso de la soberanía nacional. Por consideración a su inteligencia y en reconocimiento de su condición de eruditos, los hombres del Proyecto Camelot debieron haber sido invitados a manifestar sus dudas y reparos sobre el patrocinio por el gobierno (y especialmente por el Ejército) de investigaciones científicas, o en otras palabras, a hacer

patente su conciencia moral. En vez, se utilizó el enfoque equivocado de tratarlos como empleados y muy diestros y útiles de un organismo superior, sujetos a una autoridad por encima de su vocación científica.

Lo importante no es los motivos políticos del patrocinador, pues a los científicos sociales no se les estaba integrando en un sistema de espionaje. Sin embargo, tomando en cuenta su *status* profesional, su profundo sentido de honor y orgullo intelectuales, no se les podía "emplear" sin guardar las consideraciones debidas a su estatura. De principio a fin debió haber prevalecido la autoridad profesional en el disfrute completo del derecho de ventilar los dilemas morales y políticos tal como los percibían los investigadores. El Ejército, aunque respetuoso y protector de la libre expresión, estaba "alquilando ayudantes" y no sometiendo, en forma franca y abierta, un problema a la más alta competencia profesional y científica.

Nunca se puso en duda si era propio que el Ejército definiera y delimitara todas las cuestiones, asunto que los científicos del Proyecto tenían derecho de examinar. El precedente es trágico. Refleja la arrogancia de un consumidor de bienes intelectuales. Esta relación de desigualdad corrompió las trayectorias de autoridad y limitó profundamente la autonomía de los científicos sociales. Se hizo claro que éstos no funcionaban tanto como instrumentalidades de la ciencia social aplicada cuanto como suministradores de información a un cliente poderoso.

El problema de quién va a ser el patrocinador no es tan importante como el del uso que a la postre se le va a dar a la información. La cuestión de si es el Ejército de los Estados Unidos o si son los Niños Escuchas de Norteamérica quien auspicia un proyecto no envuelve nada bueno o nada malo. El patrocinio es bueno o malo sólo en términos de los resultados finales que se anticipan, pues éstos pueden ser predeterminados y los parámetros de los resultados finales pueden ser cortados a la medida para satisfacer las expectativas del patrocinador. Los científicos sociales que criticaron el Proyecto jamás negaron la libertad e independencia, pero pusieron en entredicho el propósito y carácter de los resultados esperados.

Sería simplificar demasiado las cosas, si no cometer un obvio error, el presumir que los problemas teóricos del Proyecto Camelot derivan del carácter reaccionario de los planeadores. El director hizo amplios esfuerzos para seleccionar a una gama de hombres para la junta consultora, el grupo de planificadores, el grupo de estudios de verano y los otros grupos, que de hecho eran más liberales en su orientación que lo que rendiría cualquier muestra al azar entre los sociólogos.

Sin embargo, en casi todas las páginas de los documentos hay afirmaciones que claramente se desprenden de los objetivos de la política militar norteamericana antes que del método científico. El supuesto constante de que la guerra interior es perjudicial no toma en cuenta la posibilidad de que un gobierno puede no estar en condiciones de tomar medidas, ya sea para aliviar, ya sea para mejorar la situación de las masas o de que tales medidas tengan el propósito más bien de reducir el conflicto que de introducir adelantos en dicha situación. Las expresiones adicionales que se hallan relativas al Ejército de los Estados Unidos y su "importante misión en los aspectos positivos y constructivos de la forja de naciones..." presumen que tal función es real en manera absoluta y no convincente. La primera regla del juego científico es no permitir supuestos sobre amigos y enemigos en forma que se fomente el uso de criterios diferentes para los unos y para los otros.

La historia del Proyecto Camelot no envuelve una confrontación entre el bien y el mal. Es claro que no todos los hombres que en él trabajaron se condujeron con la misma fidelidad y con la misma cortesía. Algunos eran más débiles que otros, algunos más insensibles y algunos más estúpidos. Pero todo esto es externo al meollo del problema, suscitado por el Proyecto Camelot: ¿cuáles son las funciones legítimas del hombre de ciencia?

Para concluir, es necesario tener claros en la mente y separados dos aspectos importantes. Primero, el Proyecto Camelot era desde el punto de vista intelectual, y desde mi propia perspectiva, un proyecto ideológicamente erróneo. El Proyecto no fue suprimido a causa de sus deficiencias intelectuales, lo cual es más significativo. Su supresión fue un acto de censura gubernamental y expresión de ese menosprecio a las ciencias sociales que cunde entre aquellos que más las necesitan. Por lo tanto, fue la conveniencia política, antes que la falta de mérito científico, lo que condujo a la muerte del Proyecto Camelot, ya que amenazaba con perturbar las relaciones del Departamento de Estado con la América Latina.

En segundo lugar, la orden del Presidente por la cual se concede al Departamento de Estado el derecho de examinar, filtrar y aprobar los proyectos de investigaciones de ciencias sociales, con fondos del gobierno, constituye un acto supremo de censura. Entre los organismos que conceden fondos para tales investigaciones figuran los Institutos Nacionales de Salud Mental, la Fundación Nacional de Ciencias, la Agencia Nacional de Aeronáutica y del Espacio y la Oficina de Educación. ¿Por qué debiera el Departamento de Estado tener la facultad del veto sobre estas empresas científicas, subsidiadas por estas entidades gubernamentales, a los fines de satisfacer las necesidades polí-

ticas —o los fracasos políticos— del momento? La directriz del Presidente Johnson es una violación burda del principio de autonomía de la ciencia.

Debemos tener cuidado en permitir que los proyectos de ciencias sociales con los cuales podemos estar muy en desacuerdo, por razones políticas o ideológicas, sean diezmados o desmantelados por un *fiat* gubernamental. A través de la frontera ideológica existe el supuesto de las ciencias sociales de que la manifestación contemporánea de la razón en la política es hoy la ciencia social aplicada y que la cancelación del Proyecto Camelot, no importa lo agradable que pueda ser, desde el punto de vista político, a los propugnadores de una solución civil a los problemas latinoamericanos, representa un revés decisivo para las investigaciones científicas sociales.